EL LABERINTO,

PERIÓDICO UNIVERSAL.

REVISTA SEMANAL DEL GLOBO Y DEL TIEMPO.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes, 8 rs.—Tres id., 20.—Seis id., 36.—Un año, 70.—El número suelto, 5 reales.

N.º 23, TOMO I.—LUNES 21 DE JULIO DE 1845.
La redaccion está en la calle de Carretas, núm. 35, cuarto segundo.—El correo franco de porte.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes, 10 rs.—Tres id., 28.—Seis id., 54.—Un año, 110.—Suscríbese en las librerías corresponsales de la casa.

RESUMEN.

BIOGRAFÍA; BELTRAN DE GUESCLIN, por D. Juan de Areza.—UN RECUERDO DE ARANJUEZ, por D. Miguel Agustin Príncipe.—EL HERMANO DE LA MAR, capítulo VIII, por don Tomás Rodriguez Rubí.—POESÍA, por D. José Amador de los Rios.—REVISTA TEATRAL, Y SUCESOS CONTEMPORÁNEOS.

BELTRAN DE GUESCLIN.

Beltran de Guesclin, aunque extranjero, tomó tanta parte en la célebre contienda que sostuvieron tenazmente D. Pedro de Castilla y su sucesor D. Enrique, é hizo tales proezas, que su memoria se conserva, y es su nombre muy popular en todas las provincias de España. Sin la espada del noble breton hubiera permanecido la corona sobre la altiva frente del heredero de Alonso XI; y la española monarquía, reorganizada mas en breve, hubiera llenado otro destino. Por estas razones no creemos fuera de propósito presentar á nuestros lectores una compendiada noticia de Beltran; cuyo carácter aventurero y cuya conducta bizarra muestra en relieve las costumbres y preocupaciones de su época.

Nació Beltran en el castillo de la Mote de Brood, seis legnas distante de Rennes: su padre, aunque ilustre en linaje, no era poderoso en estados, y su madre, noble señora, no habia llevado al matrimonio mas rica dote que su virtud y su belleza. El niño Beltran no se distinguia ni por la hermosura de su rostro ni por la esbeltez de su talle. Estraordinariamente moreno, tenia muy roma la nariz y el cuerpo grueso y mal formado. De condicion áspera y ruda, se habia enajenado el cariño de sus padres, que le reñian frecuentemente, y no le permitian comer á la mesa, aunque era el mayor de sus hermanos. Seis años tenia Beltran de Guesclin cuando almorzando un dia su madre con otros dos hijos suyos, se le aproximó con faz torva y preguntó á sus tiernos hermanos, á quiénes amaba muchísimo, de qué privilegio gozaban para tomar asiento con sus padres, mientras él comia en segunda mesa como un chiquillo ó un criado. Los niños guardaron silencio, y él añadió: «Voy á sentarme, y si me decís una palabra, haré rodar todos los platos.» Beltran se sentó con arrogancia; pero

su madre, que no perdia ocasion de bajar su orgullo, le mandó levantarse al momento. Era Guesclin hijo obediente, mas sabia cumplir su palabra. Para llenar ambos extremos se levantó sin vacilar é hizo rodar la mesa, como lo habia prometido á sus hermanos.

Ofendido estaba Beltran de la repulsa de su madre, cuando se presentó una judía que blasonaba de curar obstinadas enfermedades, y llegándose al jóven Breton lo consideró atentamente, y despues de haber examinado sus facciones, manifestó gran cariño. No estaba el niño para fiestas, y la rechazó duramente amenazándola con un palo, si no se retiraba pronto. No se desanimó la judía, y acariciándolo de nuevo le vaticinó felicidades, riquezas y abundantes honores, añadiéndole que seria en los tiempos futuros el primer hombre de su linaje. Beltran se manifestó incrédulo; pues le parecia cosa imposible que un hijo mirado con desprecio por los que le dieron el sér, pudiera adquirir en ningun caso honores, riquezas ni fortuna. Agradeció con todo á la judía sus lisonjeras predicciones, y cuando la trajeron manjares tuvo cuidado de servirla y de llenarle una gran copa del mejor vino del castillo.

Desde este incidente casual se fué cambiando el genio díscolo que manifestaba Beltran; y antes de cumplir nueve años ya era tratado con agasajo, admitido á la mesa y vestido con mas esmero. Conforme iba creciendo el niño se desarrollaban sus fuerzas, y á los doce años era ágil, emprendedor y vigoroso. Con grande aficion á la guerra, reunia todos los muchachos de su edad que en los contornos encontraba, y dividiéndolos en escuadrones los hacía pelear entre sí, poniéndose al frente de uno de ellos. Resultaban de estos combates muchas contusiones y heridas: Beltran ayudaba á los caidos y reservaba algunos premios para el vencedor mas bizarro. Por término de la refriega llegaba Guesclin al castillo con los vestidos desgarrados y á veces manchados de sangre. Le reprendian estos ejercicios; pero él continuaba siempre en ellos hasta tal punto, que su padre prohibió á sus vasallos el que dejasen seguir á sus hijos los ejercicios de Beltran, bajo la multa de 100 sueldos. Mucho contrarió esta resolucion los planes bélicos del jóven; pero como tenia necesidad de batirse, acometió á todo muchacho que encontraba, y aquellos com-

bates reglados se convirtieron en desafios ó en parciales luchas de atletas. Dieron quejas al señor de Guesclin, el cual puso á su hijo en dura prision por espacio de cuatro meses. Mucho mas tiempo hubiera estado, pero se apoderó un dia de las llaves, y saliendo al campo montó en una yegua de su padre que á la sazon por allí pacia, y sin ponerla silla ni freno tomó la direccion de Rennes. Vivia en esta ciudad un tio suyo, recien casado con una hermosa dama, á cuya casa llegó Beltran. La hermosa le baldonó por su conducta, pero el tio le ofreció hospedaje por cuanto tiempo tuviese á bien.

Tres meses llevaba Beltran de permanencia en casa del tio, cuando dispusieron los jóvenes de Rennes una lucha, en la que debia adjudicarse un premio al que saliese vencedor. El jóven resolvió tomar parte; pero dispuso su linda tia que la acompañase al sermon. Beltran la condujo á la iglesia; mas dejándola en el momento, se fué al lugar de la contienda. Varios jóvenes le invitaron á que se lanzase á la arena: Beltran no se dejó rogar, y aunque con diez y siete años solamente, eligió por competidor al mas robusto de los atletas, y consiguió hacerle rodar con grande aplauso de los concurrentes que le adjudicaron el premio. Muy disgustada quedó su tia porque habia lidiado contra pecheros, y le dijo resueltamente que si era su inclinacion justar, debia verificarlo en los torneos entre caballeros de cuenta. Beltran la prometió así hacerlo; y habiéndose reconciliado con su padre, logró le diesen un mal caballo y un arnés, con el que empezó á presentarse en cuantos torneos se publicaban, pero no le admitian á justar por temor de sus pocos años. Al poco tiempo se publicó en Rennes un torneo, y á él concurrió el jóven Beltran; pero con un caballo tan flaco y una armadura tan estraordinariamente pobre que los caballeros se burlaban y las damas se sonreian de tan vergonzante paladin. Abochornado estaba Beltran cuando vió venir á un primo suyo que habia justado con valor, que montaba un noble caballo y vestia rica armadura. El jóven le pidió una y otro, y habiéndose apartado un trecho, volvió á presentarse en el palenque con la armadura y el caballo de su noble deudo, y bien calada la visera. Apenas colocado en fila se presentó un bizarro caballero, que competidor demandaba. Le salió Bertran al encuentro, y corriendo contra él su caballo, le dió tal golpe en la visera, que arrancándole todo el yelmo, le hizo rodar en la arena. Cuando pudo hablar el caido preguntó quién era el que así le habia malparado; pero los jueces contestaron que no conseguiria saberlo si no lo desarmaba á su vez. El padre de Beltran, que era amigo del caballero malparado, y que desconocia á su hijo por el trueque de armas y caballo, vino á buscarlo lanza en ristre: Beltran lo esperó con impavidez; pero al llegar su padre cerca arrojó la lanza y cubriéndose con el escudo recibió el golpe con bravura y permaneció firme en la silla. Este combate quedó en suspenso, y presentándose otros caballeros, todos ellos fueron derribados por el esfuerzo de Beltran. Por último llegó un caballero normando, que al paladin conocia, y lidiando logró arrancarle una parte de la visera, con lo que quedó de manifiesto ser Beltran de Guesclin el vencedor. Todos sus amigos se alegraron: y su padre le ofreció entonces buenos arneses y caballos, dándole facultades ámplias para que dispusiese de su hacienda.

Este brillantísimo hecho de armas dió mas reputacion á Beltran, y fué la piedra fundamental de su renombre y su valía.

Cárlos de Blois y Juan de Monfort contendian sobre el ducado de Bretaña: se habia apoderado el segundo de algunos pueblos y castillos, y con el auxilio del inglés pretendia apoderarse de Rennes. Beltran Guesclin estaba persuadido de que tenia mejor derecho Blois, y para ayudarle reunió un centenar de sus amigos, que ya tenian fé en su valor y se asociaban á su suerte. Con esta pequeña compañía se dirigió al castillo de Fougeray, que habian ocupado los ingleses, y valiéndose de una estratagema, lo tomó despues de obstinado combate: habiendo sido socorrido cuando estaba á punto de perecer, cubierto de heridas y acosado por los ingleses. Apenas dueño del castillo, tuvo noticias de que Roberto de Blamboure se dirigia hácia aquel lugar con buen número de soldados. Guesclin, sin dar tiempo á que le curasen, salió al encuentro del capitan, y acometiéndolo de improviso lo dejó muerto sobre el campo con casi todos sus soldados: volviéndose luego á Fougeray.

Pocos dias despues el duque de Lencastre puso sitio á Rennes, y Beltran forzando las líneas metió socorro en la ciudad, habiéndose apoderado de los víveres que al ejército inglés traian. Cuando supo el duque de Lencastre que Beltran estaba en la ciudad, le mandó un heralto con un salvo conducto, y le suplicó cortesmente que tuviese á bien venir á hablarle: Guesclin montó al punto en su caballo y llegó á la presencia del duque. Este le hizo ver la muchedumbre de ciudadanos que iban á perecer durante el sitio, y Beltran replicó sonriendo: «Mientras mas ciudadanos mateis, mas ricos serán los que queden.» La conferencia no tuvo resultados: y Beltran, que fué desafiado por Guillermo de Blamboure, aceptó el desafio, matando á su competidor.

El crédito de Guesclin crecia: sus prodigiosos hechos de armas durante la guerra de Bretaña daban esplendor á su nombre, y los altos puestos militares se presentaban á su valor como recompensas legítimas. Hecho prisionero por Monfort, logró escaparse felizmente, y fué nombrado capitan al servicio del rey de Francia. Nuevas tomas de fortalezas, nuevas refriegas y nuevos triunfos, iban aumentando su fama, y despues de la batalla de Cocherel, ganada por el jóven Guesclin, le fué otorgado por el Regente el condado de Longueville. Sus conquistas en Normandia, su gran prudencia en el consejo y resolucion en el campo, le hicieron querido de los príncipes; su generosidad sin límites el mejor ídolo de los pueblos.

Cuando se firmaron las treguas, creyó oportuno el rey de Francia alejar del reino aquella plaga de aventureros que asolaban el Mediodia. Siendo muchos y poderosos era muy espuesto intimarles una resolucion violenta; y Guesclin, comprometió á lograr por arte lo que era difícil por fuerza. Invitó á los capitanes á vistas, y cuando Hugo de Carvalay, el principal de todos ellos, le pidió su amor y amistad, tuvo por respuesta estas palabras: «Yo no tengo ningun amigo que no esté dispuesto á servirme segun mi libre voluntad.» Convenido con los capitanes en ir á guerrear contra moros, y habiendo aprontado el rey de Francia doscientos mil florines para los gastos del viaje, se puso en marcha hácia Avignon con ánimo de pedir al Papa la remision de sus pecados y una suma considerable de su particular tesoro. Muy pronto estuvo el Santo Padre en acordar la absolucion, y viendo que era indispensable entregar los cien mil florines, convocó á los mas notables de Avignon, á fin de que hiciesen un reparto entre los vecinos de la ciudad. Reunidos los fondos los condujo el tesorero de Su Santidad al ejército de Guesclin: éste le recibió con desagrado y le dijo: «Tesorero, yo os prometo solemnemente que no pasaremos de aquí en lo que nos queda de vida, si no paga este dinero el Papa y su rico clero de Avignon. Nosotros queremos que estos florines recogidos al vecindario les sean devueltos religiosamente, sin que pierdan un solo cornado. Y decid al Papa, tesorero, que lo haga devolver al instante, pues si lo contrario sucede, tendrá que acordarse de mí.»

Guesclin fué pagado del tesoro del Papa, y la absolucion confirmada.

El ejército levantó sus reales y llegó á la ciudad de Tolosa, en la que se hallaba el duque de Anjou, que los recibió con agasajo. Allí llegaron embajadores de D. Pedro, rey de Aragon, y del conde de Trastamara, que les hicieron grandes ofertas y les suplicaron con empeño quisieran venir en su auxilio contra D. Pedro de Castilla. El duque de Anjou unió su ruego al del monarca aragonés, y á poco tiempo estaba Beltran en la ciudad de Barcelona.

Habia conocido Guesclin al conde, cuando sirvió este al rey de Francia, y le tenia mucho cariño: tremoló pues sus estandartes, y reunido con don Enrique pasó la frontera de Castilla, y sin ensangrentar la espada se apoderó de Calahorra. Con mas trabajo y buena fortuna tomó á Bribiesca por asalto, distinguiéndose como capitan y como soldado al mismo tiempo, y en 5 de abril asistió en Burgos á la coronacion de don Enrique. El nuevo rey le dió el condado de Trastamara con muchas villas y castillos, y pasando de allí á Toledo y Córdoba entró en ellas sin resistencia. Bizarra fué la de Sevilla, pero sin buenos resultados: y en la Reina de Andalucía pasó algunos meses Beltran entre la pompe y los honores, hasta que el príncipe de Gales trajó sus huestes á Castilla.

En la batalla de Nájera no quiso seguir don Enrique los consejos de Beltran Guesclin: y perdió en unas cuantas horas la corona que habia conquistado en un corto número de dias. Picado el orgullo del breton, por una reyerta tenida con un capitan castellano, formó un pequeño tercio de sus gentes y sostuvo el honor de su patria con una intrepidez heróica, muy digna de su alto renombre y superior á todo elogio. Temiendo por el rey Enrique, que combatia como un leon, y viendo perdida la jornada, lo sacó por fuerza de la lid, obligándole á que salvase con la pronta fuga su vida, ya que no le era posible por entonces conservar su trono y su cetro. Habiendo cumplido con este deber volvió con mas furia al combate en el que quedó prisionero á disposicion del ingles. Al rendir su espada Beltran dijo: «Yo me entrego al príncipe de Gales, porque es el mas atrevido de todos.» Prisionero bajo su palabra, fué conducido hasta Burdeos, en donde permaneció algunos meses, porque el heredero de Inglaterra temia dar suelta á un enemigo tan emprendedor y tan valiente.

Muchos amigos de Beltran hicieron entender al príncipe que con retenerlo en prisiones daba muestras de vil temor, y el inglés, que tanto blasonaba de capitan y caballero, mandó conducirlo á su presencia, para que el mismo señalase la cantidad de su rescate. Venido Guesclin ante el príncipe, le preguntó este sonriendo: «Cómo lo pasas aquí, Beltran?» «Bien, le respondió el noble breton; pero cuando sea de vuestro agrado mejorará mucho mi suerte.» En tu mano esta quedar libre. Júrame no llevar las armas en favor de Enrique de España, ni traerlas jamas contra mí: y no solo tendrás libertad, sino que pagaré todas tus deudas y te daré diez mil florines.»—«Señor, dijo entonces Beltran; mi libertad está muy lejos. Aunque haya de estar en prision mientras viva no abandonaré á mis amigos, y serviré con toda mi alma, como he servido hasta el presente, al buen rey de Francia, á los duques de Anjou, Berry, Borbon y Borgoña, y á don Enrique de Castilla.»—«Pues entonces no saldrás de aquí sin pagarme un grande rescate.»—Señor, yo soy un pobre caballero de muy escasa nombradia, mi patrimonio ésta empeñado por gastos de guerra, y yo debo en esta ciudad diez mil florines á lo menos; pero si me dejais marchar recuperaré todas mis pérdidas, y tendreis pronto aquí la suma que señaleis por mi rescate.»—Tú puedes señalar la suma y yo me contentaré, Beltran, con la que tú mismo señales.»—Supuesto que así lo quereis, yo no debo tasarme bajo. «Tendreis por mi rescate, señor, cien mil doblas de oro.»—«Me parece mucho dinero y no quiero exijirte tanto.»—«Pues me taso en sesenta mil; pero de esta cantidad, no rebajaré un solo sueldo.»—«Estamos de acuerdo dijo el príncipe: ¿pero de dónde vas á sacarla?»—«Tengo por amigos al Papa, al rey de Francia y á Enrique de España: si estos no pueden auxiliarme, pondré á hilar á todas las hilanderas de Francia y ellas lo harán con mucho gusto para sacarme de prision.» Así quedó libre Beltran, pero con la dura condicion de que no podria armarse hasta haber cumplido su empeño.

Marchó en busca del duque de Anjou que estaba en guerra á la sazon con la reina de Nápoles: y se presentó en varios asaltos sin armadura, y con una espada en la mano, para no faltar al convenio que con el príncipe habia hecho. Veinte mil doblas le dió el duque para que reuniese su rescate; pero encontró algunos prisioneros que habian salido como él, bajo palabra de volverse si no podian reunir las cantidades que habian designado á cada uno. Guesclin les repartió su dinero y llegó á su pais mucho mas pobre que habia salido de la prision. Generosos todos sus amigos le reunieron la cantidad que debia pagar al inglés, y se dirijió hácia Burdeos; mas encontrando en el camino á muchos de sus compañeros que necesitaban recursos se la repartió enteramente, y se presentó al de Gales para volver á su prision. El rey de Francia, el Santo Padre y

otros poderosos señores habian provisto ya al empeño, y libre de aquel compromiso se vino Beltran á Toledo, que tenia sitiada á la sazon el rey de Castilla don Enrique. Unido con él peleo hasta los campos de Montiel, y en aquella noche solemne en que se disputaron dos hermanos una corona cuerpo á cuerpo, vino en auxilio de don Enrique y pronunció aquellas palabras tan sabidas. «Ni quito Rey ni pongo rey, pero sirvo á mi señor.» Aunque nos dice Claudio Menard que viendo á don Enrique debajo dijo al bastardo de Bearnes: «Id y ayudad al rey Enrique, que podeis hacerlo como amigo. Agarradlo por una pierna y ponedlo encima de su hermano.»

Pocos dias despues recibió un heraldo del rey de Francia para darle la Condestablía (suprema dignidad militar, y muy importante á la sazon porque la guerra con el inglés estaba encendida de nuevo) que habia dejado por vejez el noble señor de Fiennes. Antes de llegar á Paris conquistó varios castillos en Guiena, y habiendo recibido la espada, símbolo de su dignidad, pasó el cuartel general á Caen, y moviéndose con su hueste dió la célebre batalla de Pontecalain, en la cual Tomás de Granzon y su ejército, que muchos caballeros contaba, fueron muertos ó prisioneros. Infatigable en sus conquistas, se contaban los dias de la campaña por otras tantas tomas de castillos, ó por batallas, en las que siempre fué el condestable vencedor.

Ante los muros de Bendon, castillo fuerte de Auvernia, acometió á Beltran de Guesclin una enfermedad repentina que le condujo en pocos dias á la morada del descanso: pero estando para espirar vino á entregarle el castellano las llaves de la fortaleza; haciendo su última conquista en el instante de morir.

El Condestable fué llorado por los reyes y por los pueblos. Habia conquistado una corona á Enrique II de España, habia añadido varias provincias á la corona de S. Luis: y todos los menesterosos habian recibido de su mano las cantidades suficientes para salir de su miseria. El solo derramó mas oro que cien poderosos monarcas: pagó á sus espensas los soldados que le habia confiado su rey, y repartia entre los caballeros cuantos dones le presentaban sus agradecidos amigos.

Muchos caballeros bretones, y sobre todo sus parientes, querian conducirlo á Bretaña y darle honrosa sepultura en el panteon de sus mayores. Ya estaba el cortejo en camino cuando llegó una órden del rey, que se la preparaba mas honrosa en San Dionisio, y al pié del sepulcro que algun dia debia recibir sus cenizas. Allí reposa Beltran de Guesclin entre los monarcas de Francia: dejando cumplido el pronóstico de la curandera judía en el discurso de su vida, y lo mismo despues de su muerte.

JUAN DE ARIZA.

UN RECUERDO DE ARANJUEZ.

I.

Pues señor.... yo me siento inspirado; yo necesito un sitio á propósito para cantar. ¿A dónde me dirigiré? La atmósfera de la corte me ahoga y es preciso salir de Madrid. ¿Qué pensamientos podrian ocurrirme en la muy coronada villa, que no se resintiesen de la confusion y del caos que reinan en ella? A otra parte, poeta, á otro sitio. La primavera ha desplegado sus galas; el bellísimo mes de mayo te brinda con sus flores; tu inspiracion y tu genio se desarrollarán en el campo. Vamos al campo, pues; vamos á cualquiera parte, con tal que la naturaleza se ostente en ella rodeada de toda su hermosura, y con tal, sobre todo, que el ángulo del mundo que elijas, esté lejano de la mansion de la intriga y de las dobleces.... con tal, en una palabra, que pierdas de vista á Madrid.

Así discurria yo el dia 15 de mayo del presente año 1845; y ansioso de volar por esos caminos en busca del paraje que anhelaba, me dirigí á la calle de Alcalá, á la casa de diligencias peninsulares. Un coche de vapor, exclamé, un carruaje de esos que diz que se pierden de vista, veloces cual las alas del rayo.—Usted se olvida, me contestaron, que en España á estas fechas no hay todavía caminos de hierro.—Es verdad, repuse, es verdad. ¡Tantos años de vapor en las cabezas, y ninguno que indique ese flúido donde mas deberia encontrarse!—Pero tiene Vd. un coche corrido, un carruaje próximo á partir, y por cierto que nadie hasta ahora ha tomado billete.—¿Con que iré yo solito, segun eso?—¡Ya vé Vd.! como hoy es dia de S. Isidro, ninguno ha pensado en dirigirse á Aranjuez.—Es decir, por lo visto, que Aranjuez es el punto á donde voy.—Eso Vd. lo sabrá, caballero: yo crei que cuando Vd. se dirigia aquí á estas horas pidiendo asiento con tanta precipitacion, solo á Aranjuez podia encaminarse.—Pues corriente, señor, á Aranjuez. Venga ese billete al momento.—Tome Vd., y vengan 26 rs.—¡Oh qué prosáico es esto de pagar! Ahí van los 26, señor mio.—Pues hasta dentro de una hora, caballero.—¡Dentro de una hora! ¿Y qué quiere Vd. decir con eso?—Que la diligencia sale á las tres, y como acaban de dar las dos....—¡Una hora todavía en Madrid! ¿No me habia dicho Vd. que ese coche iba á salir al instante? Pero en fin, ya que no hay sino tener paciencia, esperaremos hasta las tres.—Y diciendo y haciendo salí del despacho de billetes sin despedirme del encargado. Uno dijo entre dientes: ¡pobre hombre! pero yo no hice caso de aquella expresion, y me dirigí á la Puerta del Sol con el fin de esperar las tres sin separarme demasiado de la casa de diligencias.

La susodicha puerta, tan animada y llena de confusion todos los dias, es el de S. Isidro un desierto. Yo no vía apenas un alma. Los limpia-botas que están perennemente en los portales; los vendedores de fósforos que nunca abandonan sus puestos; los chalanes y demas caballeros de industria que rebullen allí á todas horas, ofreciendo relojes, anillos y otras cosas *ejusdem generis* á los inocentes que pasan; los ciegos que antes á voz en grito, y ahora á grito que apenas parece voz, venden sus periódicos y papeles; los coches que por todas partes se cruzan y por todas partes fastidian; la *turba multa*, en fin, que inunda aquello desde la mañana á la noche.... todo habia desaparecido de allí, todo se habia trasladado á la ermita del santo patrono; todo, menos la casa de Correos y menos los soldados de costumbre, guardianes perennes del edificio y de las esquinas y bocas-calles que conducen á él. Absorto contemplaba yo tan estraordinaria soledad, unida á tanta vigilancia, cuando acercándoseme un caballero, cuyo nombre vulgar no quiero decir, me preguntó qué hacia en aquel sitio sin ir á S. Isidro como la mayoría de la poblacion.—Estaba pensando, le contesté, que podia Vd. preguntar lo mismo á los señores que tenemos delante: ¿qué diablos de quehacer tiene hoy aquí tan honrada gente? Y Vd. mismo que así me interroga ¿por qué no va tambien á S. Isidro en vez de meterse conmigo en lo que no le va ni le viene?—Vd. es un insolente, un bribon, y ahora mismo va á dar cuenta á la autoridad de su conducta moral y política.—¡Yo á la autoridad! ¿Y por qué?—Porque tiene Vd. lengua suelta y es menester que conozca con quien se las há.—En efecto, señor.... yo no habia dado en que Vd....; pero ahora que veo la traza....—Venga Vd., venga Vd. á la gefatura.—Pero, señor, yo le pido á Vd. mil perdones; yo no sabia con quien hablaba, y ademas....—Repito que no hay tu tia: á la gefatura y chiton.

Mi situacion era apurada. Eran ya las tres menos cuarto, y en vez de marchar á Aranjuez, me veia espuesto por mi imprudencia á dormir en la cárcel. Afortunadamente para mí, un hombrecillo que se hallaba en el despacho de las diligencias cuando fuí á pedir mi billete, acertó á pasar por el sitio del altercado, y dirigiendo la palabra al agente de seguridad, de quien por lo visto era amigo, ¿qué diantres es eso? exclamó. ¿No conoces que ese caballero es un tonto, un pobre hombre en toda la extension de la palabra?—¡Un tonto, un tonto! ¿Y de qué sabes tú que lo es?—O está loco á remate si nó. Figúrate tú que hace poco preguntó por un carro de vapor, y habló no sé qué cosas de caminos de hierro.—¡Já, já, já! estornudó el buen agente. ¡Caminos de ese metal en España! Hierro sí, lo tendrá mucho tiempo; pero lo que es caminos, ¡já, já! Vaya Vd. á curarse esa cholla y á hacer que le dé un poco el aire, porque tiene la cabeza bastante destornillada, y si ocurre otra vez otro lance como el de ahora....—Dios me libre, exclamé, Dios me libre. Y haciendo un saludo al agente y otro á mi libertador, me encaminé presurosamente á la diligencia, no hartándome de dar gracias al cielo por haberme sacado de mi apuro de un modo tan inesperado. Cuando llegué á las peninsulares estaban á la puerta dos mozos, los que segun fijaban la vista en mí, conocí que desconfiaban interiormente de mi buen juicio por la consabida pregunta. ¡Maldecido Madrid! dije yo. Salgamos cuanto antes de aquí: san Isidro y la Puerta del Sol me dicen bastante lo que es, lo que hay que esperar de la corte. Aranjuez, poeta, Aranjuez: ese es el sitio que te conviene; allí podrás realizar tus creaciones y entregarte á tus dorados ensueños sin peligro ninguno que temer, sin que nadie se ria de tí.

II.

El coche caminaba presuroso, aunque no tanto como yo deseaba. Pasada la ancha calle de Alcalá, esa calle cuya entrada por la puerta del mismo nombre es tan sorprendente y magnífica, llegamos al bello paseo llamado el Prado; y dejando á la izquierda el *Dos de Mayo*, el solemne edificio del Museo, la fuente de las Cuatro Estaciones y el jardin Botánico, salimos al fin por la puerta de Atocha.—Ya estoy fuera de Madrid: ¡qué delicia! Pero mi satisfaccion no es completa mientras camino pegado á él.—Recorrida por fin la larga tapia que media entre la puerta de Atocha y la de Toledo, el ángulo que en su marcha describe el carruaje con direccion al puente que se llama de Toledo tambien, hace latir mi corazon de un modo convulsivo. La gente de S. Isidro entregada á la broma y á la algazara contrasta confusamente por mi derecha con la soledad que reina en el lado opuesto y en el recinto que dejo á la espalda. «Reid, madrileños, reid. Mientras vosotros gozais un dia bueno entre trescientos sesenta y cinco que el año ofrece malos, yo me alejo de aquí con la satisfaccion consiguiente á la seguridad en que dejo la villa, y al ningun peligro que la amenaza con tan activos y celosos guardadores.» Esto decia yo pasando el largo y churrigueresco puente que atraviesa el exíguo Manzanares, imágen vivísima de las esperanzas del pobre y del éxito que suele ser su resultado. Puesto al otro lado del rio y girando despues sobre la izquierda, caminamos á poco hácia el Sur y llegamos al cerro de los Angeles, y perdimos de vista á Madrid, y una hora despues descubrimos á Pinto, y á las cinco y media de la tarde llegamos á Valdemoro, y allí mudamos tiro segun ordenanza, y despues de un buen trecho de camino, llegamos á la Cuesta de la Reina.

¡Oh qué cuadro tan bello, aunque confuso; tan encantador en el todo, aunque poco distinto en sus partes! A la izquierda y delante el Jarama, corriendo á morir en el Tajo por el fondo de un magnífico valle, cuyos collados, revestidos de azul á lo lejos, parecen guardar el horizonte á manera de centinelas, segun la espresion de Zorrilla, ó mas bien guardar á Aranjuez (cuyas inmensas arboledas se divisan confusas á la derecha), como temiendo no se les escape una presa tan linda. Arrobado y fuera de mí al descubrir tanta mágia, tan variada riqueza vegetal tan bellos y diversos puntos de vista, pareciame presenciar una tras otra distintas escenas de fantasmagoria, segun iba bajando la cuesta, describiendo espirales por ella, al modo del que desciende por la escalera de caracol de elevada y anchísima torre. Llegado al pie de la cuesta, atravieso el magnífico puente construido sobre el Jarama por Cárlos III, por ese rey cuyo nombre parece donde quiera asociado á empresas de utilidad y ornato público; y luego continúo adelante con árboles á derecha y á izquierda, árboles que parecen multiplicarse hasta el infinito, y que abruman y ahogan, por decirlo así, con su inmensa vegetacion. Una plazuela nada notable me conduce poco despues á otra que lo es mucho por las doce calles en que se divide. Tras esto se descubre el molino, cuyo alegre color de rosa contrasta dulcemente con el hermoso y variado verde de aquel enmarañado boscaje; y luego se presenta de golpe la bella poblacion de Aranjuez, el jardin de la Isla á la derecha, el llamado del Príncipe á la izquierda, el sosegado y apacible Tajo bañando por el norte á los dos, y el puente colgante que tan esbeltamente lo cruza, que con tanta elegancia lo embellece, que tan

hermosa vista ofrece al viajero con sus cuatro enhiestas estátuas, sus cuatro bellísimos jarrones y sus bien ondulados ramales, y hasta con el negro y el verde que tan oportunamente alternan en la superficie del hierro, evitando que se oxide ó padezca. Unido todo esto al ruido del Tajo que á poca distancia del puente se derrumba en hermosa cascada, al dulcísimo gorjeo de las aves que por todas partes se escucha, á la inefable fragancia de las flores que por donde quiera trasciende, causa tal embeleso y tal arrobo, que ni se sabe á donde mirar, ni en tanta variedad de sensaciones se da cuenta el viajero á sí mismo de cuál es la que mas prepondera. Yo de mi sé decir que extasiado en presencia de tantos y tan dulces motivos de enajenamiento, miré deslumbrado y no ví; tenia los oidos despiertos y me pareció no oir nada; era ser que gozaba de vida, y creime acabado de gozo, de enajenacion, de placer.

La voz del mayoral, que despues de haber atravesado la plaza de S. Antonio hizo parar la diligencia en la calle de Stuart, me sacó brúscamente de mi éxtasis.—¿Qué hace Vd., exclamó, tan repantigado en el coche? ¿Piensa Vd. todavía en el vapor ó en los caminos de hierro?—Al contrario, le dije, señor mio. Yo hubiera querido caminar á paso de tortuga desde la cuesta de la Reina sobre todo, en vez de verificarlo con la velocidad que Vd. lo ha hecho. Un camino tan bello como ese merece ser andado despacio, y ahora conozco que hay casos en que eso de viajar poco á poco es muy preferible y muy,...—¡Bravo! Eso se llama cambiar de dictámen como puede cambiarse de camisa. Ya veo que tenian razon en Madrid. Usted tiene los cascos á la gineta, y quiera Dios no suceda un...—¡Canario! ¿Con que todavía se empeñan estas gentes.... Mire Vd., mayoral, que si me enfado....—Pues peor para Vd., señorito, porque si yo me amosco tambien....—¡Ay Jesus! dije para mí. Aquí vamos á tener otra como en la Puerta del Sol. Nada, nada, dejémonos de bromas, ó si me empeño en armar camorra, es capaz ese bárbaro de avisar á cualquiera, y llevarme al Hospicio por loco.

III.

Hechas estas prudentes reflexiones, puse en la mano de mi interlocutor un algo que llevaba en la mia, y haciendo despues otro tanto con el postillon y con los escopeteros, despedime apaciblemente de todos, no sin compadecerme interiormente de aquellas cabezas redondas, incapaces de comprender el corazon y el alma de un poeta. Eran ya las siete y media de la tarde, y deseoso de gozar á mis solas queria dirigirme á cualquier punto donde pudiese soltar la rienda á mis pensamientos fantásticos, cuando viendo al Sol ya traspuesto, conocí que no era posible disfrutar el placer que anhelaba, hallándose tan próxima la noche. El frio y el viento que hasta entonces no habia notado (tan caliente me tuvo la idea de llegar prontamente á Aranjuez), disuadiéronme tambien por su parte del deseo de andar entre dos luces por aquel laberinto de árboles, donde siendo la tarde ya noche, no habia de ver cosa alguna. Fuéme preciso, pues, dilatar la realizacion de mis designios para la mañana siguiente, y hube de hacerlo con tanta mas razon cuanto no habiéndome desayunado todavia, aflijiame un hambre mas que regular, y era necesario buscar una casa donde comer, y pasar la noche otrosí.—Vamos, pues, á buscar posada; descendamos de la altura de poetas á la triste condicion de hombres, dije tiritando de frio. La primavera en Aranjuez es por lo visto igualita á la de Madrid. Solo falta que las posadas sean tan caras como allá. Pero no, no es posible; esto es campo, y los placeres rústicos no pueden costar lo mismo que los de la córte.

Cuando yo iba rumiando estas palabras, dirigia al mismo tiempo la vista á los edificios, anhelante de ver una muestra que hablase de *comer con equidad*, porque la verdad, lectores mios, si no era *equitativamente*, el poeta no podia comer. Lo súbito de mi resolucion en salir de la córte, me hizo olvidar dos cosas indispensables en todo viaje, el pasaporte y el dinero; y si bien podia pasarme sin aquel, no podia hacer otro tanto sin este, habiéndoseme ido casi todo en el billete y las propinas. Algo mas que mustio y cabizbajo con este recuerdo, quiso mi mala suerte que la calle por donde primero me dirigí fuese cabalmente la del teatro, y que hubiera funcion aquella noche. La comedia anunciada era de Rubí, era la que lleva por título *Detras de la Cruz el Diablo*; y nada mas natural que caer un poeta en la tentacion de asistir á la ejecucion de una obra perteneciente á un amigo, prefiriendo el pasto del alma al grosero apetito del cuerpo. Héteme, pues, pidiendo luneta, y héteme aflojar cuatro reales, quedándome en el bolsillo con solo diez.—Medio duro, dije para mí, bastará para un par de dias en esta deliciosa poblacion. Discurriendo lógicamente, si una luneta cuesta en Madrid 16 reales y aquí la tengo por solo cuatro, posada habrá en Aranjuez que no me cueste sino la cuarta parte de lo que me costaria en Madrid. Animo, pues y respiremos; mas por lo que pueda tronar, bueno será comprar un panecillo, satisfaciendo con él la primera necesidad, y dejando el buscar posada para despues de la funcion.

Dicho y hecho, señores: compré un panecillo, y me lo comí lindamente; ¡pero qué observacion tan horrible! Las libretas de Aranjuez costaban lo mismo que las de la córte..... el pasto del cuerpo no guardaba proporcion con el del alma, y esto en mi situacion era poco poético. Preciso será que los lectores me disimulen tanta impertinencia; pero estos renglones prosaicos son indispensables en mi narracion, y no todo ha de ser decir glorias. Hecha mi humilde refaccion en uno de los arcos de la plaza de San Antonio, donde crei oportuno esconderme á manera de pobre vergonzante, oí las ocho en el reloj de Palacio, y siendo aquella la hora de empezar la funcion, dirigíme al teatro, no sin entrar antes en el café de enfrente, donde pedí un vaso de agua *sin biscochos*, como dijo el otro, porque era dia de ayuno.

VISTA DEL PALACIO DE ARANJUEZ.

El teatro, obra tambien de Carlos III, me pareció bonito aunque descuidado, como es preciso que lo esté mientras las personas reales no asistan al sitio con la regularidad y frecuencia que antiguamente. Una inscripcion en la fachada, cuyo elegante testo latino dice así:

Ruris deliciis urbana adjecta voluptas.

me obligó á traducirla y comentarla refiriéndola á mi crítico estado, y me pregunté con dolor:

Si aquí el urbano placer
Se une á la rural ventura,
¿Por qué no la baratura
Y la abundancia en comer?

Un quejido que al parecer salia del teatro, y era el de un pobre violin acompañado de otros tres instrumentos, me anunció que iba á alzarse el telon, y sacándome de mis tristes reflexiones me hizo luego olvidarlas del todo, desde el momento que me posesioné en mi luneta. Durante la sinfonía, recorrí con los ojos el local, no del todo mal alumbrado y de bastante gente concurrido; pero casi toda era de la poblacion, y entre las pocas señoras y caballeros que habia de Madrid, no tuve el gusto de conocer á nadie. El inconstante mes de mayo que hemos este año tenido no habia sin duda inspirado bastante seguridad de ser bueno á los moradores de la córte, los cuales por otra parte sabido es que no acostumbran á dirigirse al vergel del Tajo hasta pasado San Isidro, aun cuando la estacion convide á ello. Alzado el telon, crei al pronto asistir a una verdadera *ejecucion* dramática, al asesinato del pobre Rubí; pero no hubo tal sin embargo. La comedia fue representada harto mejor de lo que podia esperarse; y al ver aquellos actores hacerse superiores mas de una vez á lo que se puede esperar de una compañía de legua, agradeciles sinceramente sus buenos deseos, y aun hice justicia á los talentos que crei reconocer en alguno. A las gracias y al conocimiento de teatro en que abunda la pieza, sucedió un intermedio de baile, unas boleras á tres; y luego un horrible sainete, el cachetero de la funcion, si me es lícito esplicarme así. La gente comenzó á desfilar, y yo que durante la fiesta habia olvidado mis cuitas, volví nuevamente á caer en las ya pasadas zozobras.

¿A dónde voy ahora? esclamé. Son ya las once de la noche; las calles del pueblo estan oscuras; yo no conozco á nadie, y los diez reales que tengo los necesito para el individuo. ¿Cómo destino la mas pequeña parte para pagar una posada pública, cuando por muy barata que me cueste, ha de cercenar la mitad de lo poco que encierra mi bolsa, y esto por solo una noche? Si al menos hubiera hallado aquí algun conocido! ¡Ah cabeza, cabeza! ¿Quién me mandaba venir aquí sin proveerme de lo necesario? ¿Quién me obligaba á dar á nadie lo que necesitaba para mí? No en vano me han llamado loco; pero paciencia y barajar: la noche en este tiempo no es larga, y bien puede uno abrigarse con el gaban y dormir al raso.

Mientras hacia este monólogo, toda la gente que habia en el teatro se habia marchado ya, las luces estaban apagadas, y al dirigirme á tientas á la puerta encontré que la estaban cerrando. Mi primer ocurrencia fue gritar para que me abriesen, advirtiendo á los encargados del teatro la inocentada ó descuido en que incurrian dejándome dentro; pero reflexionándolo mejor, ¿qué voy á hacer? me dije: ¿Con que esas gentes me deparan posada sin ellas saberlo, y vendria yo á desdeñar el favor que me hacen? Nada, nada, poeta, ten juicio; y haz por dormir de valde esta noche. ¿Dónde podrias pasarla mejor que en el templo de las musas? Esto es bello, es poético, es grande.... tiene no se qué de sublime.

Dicho esto volví pasos atras, y arrodillándome delante del telon, recité dos sonetos á Apolo, tras lo cual me acomodé en un palco lo mejor que pude, y quedéme en breve dormido.

(Se continuará.)

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

EL HERMANO DE LA MAR.

CAPITULO VIII.

LA ESPERANZA PERDIDA.

Pobre barquila mia,
Entre peñascos rota,
Sin velas desvelada
Y entre las olas solas.
¿A dónde vas perdida?
¿A dónde, di, te engolfas?

LOPE DE VEGA.

Sulcaba la *Esperanza* las tranquilas ondas del Océano: un viento largo de la costa cubana la impelía suavemente bajo un cielo purísimo y vivificador que anunciaba á nuestros viajeros una navegacion rápida y próspera.

El bergantin francés hizo rumbo hácia el norte, y mas velero y fino que el buque de don Fabian, no tardó en ganarle muchas millas y en parecer en el horizonte como un leve celage que poco á poco se

fué desvaneciendo hasta perderse completamente de vista.

Mucho agradó á Eugenia y á Carlota, y sobre todo á la primera, la total desaparicion de aquella nave, en la que con tanta sorpresa de ambas habian visto al Inca, cuando una y otra se lo figuraban á una distancia extraordinariamente mayor.

Don Julian notó el asombro de ellas, cuando al preguntarles si conocian al que los saludaba desde el bergantin, le respondieron con un acento mezclado de espanto y de admiracion.... ¡ *Alvarado*! ¡ el *Inca*! y deseando averiguar la razon, les preguntó de nuevo:

—¿ Y qué tiene de particular, hija mia, dijo, dirigiéndose á Eugenia, que el señor de Alvarado viaje como nosotros? Esto creo yo que á nadie debe sorprender, ni mucho menos asustar.

—Es verdad, contestó Eugenia, esforzándose á sonreirse; yo no sé por qué.... pero es mucha casualidad que he de ver á ese hombre en todas partes.

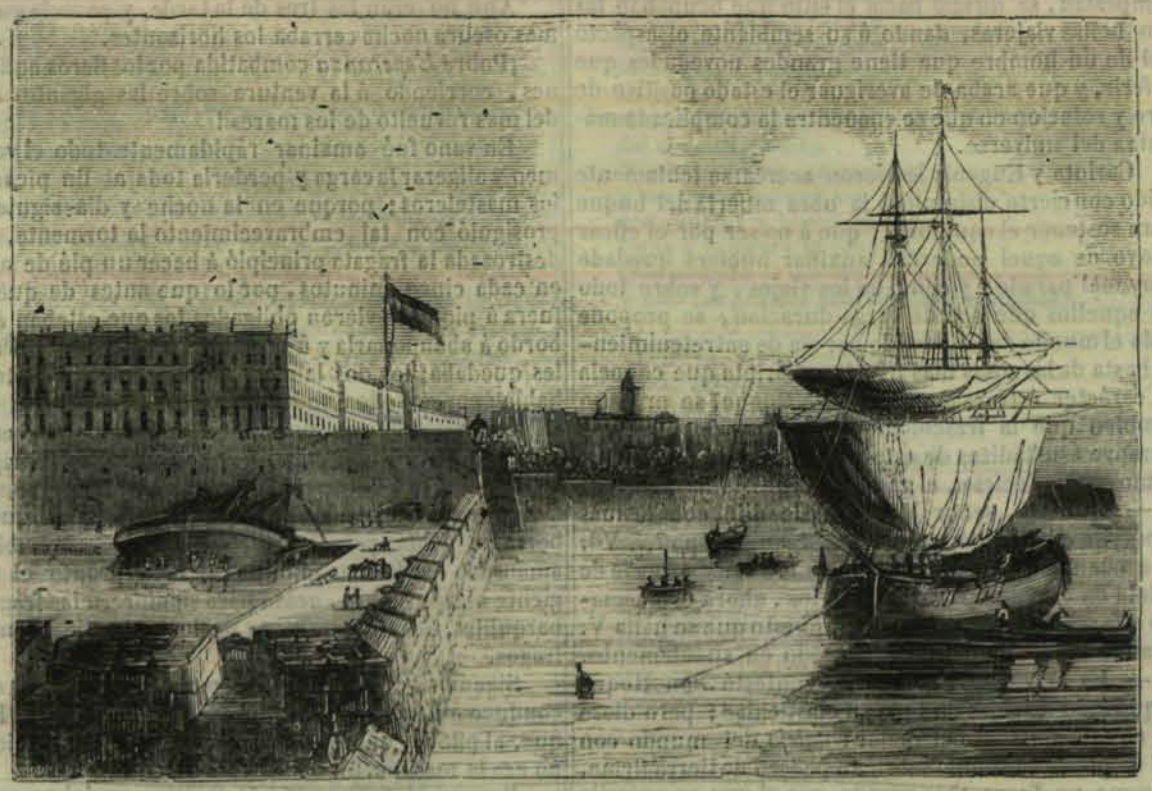
—¿ En todas partes....? repuso don Julian, pensando en las últimas palabras de su esposa: ¿en todas partes.... Yo ignoraba que con tanta frecuencia se hubiese don Luis presentado ante tus ojos.

—No.... no..., se apresuró á contestar Eugenia, que temia haberle dado á entender demasiado con la medrosa demostracion que no habia sido dueña de reprimir; lo digo refiriéndome á lo estraño del encuentro, y en tal paraje. Hace poco tiempo que en Méjico le dejamos sin deseos, al parecer, de emprender nuevamente un viaje tan dilatado; y como en el momento en que nos llamó la atencion su memoria se habia borrado enteramente de la mia, no pude menos de esclamar.....

—Eso es ya muy diferente: á mí no me ha sorprendido, porque sabia que muy pronto pensaba volver á Europa.

—¿ Usted, padre mio?

—¡ Vaya...! Como que se despidió de mí poco antes de que yo pudiera imaginar que habiamos de caer



muy pronto en la misma tentacion.... En fin, ya nos tienes, querida Eugenia, entregados á la merced de los vientos y en la inmensidad del Océano, caminando con buen rumbo hácia la opuesta orilla, y en faz de atravesar la tierra tambien, si es que te sigue acosando cuando arribemos á ella esa afanosa amovilidad que en tí se vá desarrollando.

—Yo espero, padre mio, contestó Eugenia, completamente tranquila, que nuestro viaje no irá mucho mas allá de las costas de España: allí veremos á

mi tio, á quien tengo vivísimos deseos de conocer, y tambien á mi primo, del que me ha hablado V. repetidas veces.

—Que por cierto no sé si vivirá: ya se vé, han pasado tantos años sin que hayamos cuidado de saber unos de otros, que no es estraño que al presente nos consideremos mútuamente reposando en la eternidad. ¿Y Carlota, qué tal? ¿Se encuentra con ánimo suficiente para sostenerse como ahora hasta el fin de nuestro viaje?

—Sí, señor; esta navegacion ha sido siempre el sueño dorado de mi vida; y como tengo la felicidad de mantener firme la cabeza, creo que podré ser una digna compañera de Eugenia.

Don Buenaventura.

—¿Parece que tampoco te era desconocido don Luis de Alvarado?

—Tuve ocasion de verle hace algunos años cuando estuvo residiendo en la Habana; y por cierto que fué por poco tiempo, porque de la noche á la mañana desapareció, y hasta ahora no le habia vuelto á ver.

—Es hombre que, á juzgar por lo poco que he podido estudiar su carácter, me parece un tanto cuanto estravagante; pero es muchacho aun, y me han dicho que tiene la fortuna suficiente para afrontar, sin mucho detrimento de ella, los formidables golpes que le dirige con frecuencia, en esa vida errante, á que parece se halla completamente habituado.

—Hace bien, dijo Carlota; no creo que exista en la tierra un placer que se pueda comparar con el de atravesar el globo en distintas direcciones; porque solo así es como se pueden admirar en toda su grandeza las maravillas de la creacion. Eso de visitar paises diferentes y estudiar sus costumbres, comparando el estado de civilizacion en que se encuentran, ofrecerá al curioso viajero una variedad encantadora, al lado de la cual nada son las fatigas y penalidades que necesariamente hay que esperimentar, atravesando las distancias que los separan.

—Ahí verás lo que son las cosas cuando se consideran bajo puntos de vista diferentes, dijo Buenaventura con su calma patriarcal. Todo eso que tú has dicho será muy bello sin duda cuando solo se han visto brotar las flores de quince ó veinte primaveras; pero, querida Carlota, cuando sobre las sienes se ha sentido caer la nieve de cincuenta inviernos, varía notablemente esa ilusion óptica que solamente se puede sostener en la primera edad. Yo, por ejemplo, al estudio y observacion de las costumbres ajenas, prefiero la comodidad y el quietismo de las mias; y á esa portentosa variedad que á tí tanto te embriaga, el monótono y acompasado, pero siempre tranquilo y bien ordenado, sistema que me he propuesto; mas una vez que esto no puede ser, y que por complacer á tu amiga Eugenia, que se muestra no menos velígera que tú, tengo que atropellar por todo, quiero al menos sacar el mejor partido posible de la situacion. Y esto lo digo, porque segun nos vamos engolfando la mar vá estando cada vez mas picada, el balanceo de la fragata y la frescura de la brisa de la tarde están convidando al sueño, y en la cámara tengo un cómodo catre, sobre el que he determinado acortar cuanto me sea dable lo estremadamente largo de esta navegacion.—Vosotras tampoco tardareis en seguir mi ejemplo, y entre tanto allí teneis á don Roque Medrana, que está como si lo hubieran clavado en la proa, que es geógrafo á su modo, y sabrá entreteneros y satisfacer á todas vuestras preguntas, mientras

yo me duermo
sosegado,
arrullado
por la mar

como ha cantado el primero de los poetas del pais hácia el cual hacemos rumbo.

Efectivamente, el don Roque Medrana era un hombre que sin gran esfuerzo podria pasar por pariente, aunque algo lejano, del don *Judas* que el ilustrado autor de *Coquetismo y Presuncion* pintó con tan felicísimo pincel. Natural de uno de los puertos de Andalucía, y embarcado á pesar de sus protestas, pero en una edad en que no tienen fuerza retroactiva, habia llegado á la Habana con las recomendaciones de ordenanza, donde con mala estrella y peores disposiciones para el comercio, habia pasado la mitad de su vida, parte de ella en la casa de don Fabian de Hurtado, sin adelantar gran cosa. Y en la Habana hubiera permanecido hasta que la Providencia de los mansos le hubiera llamado á su seno, con tal de no exponerse nuevamente á los azares de la travesía, si la muerte de algunos de sus parientes no le hubiera declarado por único heredero de tal cual fortunilla á la otra banda del mar. Tan timorato era el bueno de don Roque Medrana, que no tuvo valor en el caso presente para renunciar á la herencia, que segun su limitada ambicion le declaraba independiente en sus hogares; y con motivo de la salida de la *Esperanza* y de la hija de su principal, se decidió, protestando siempre, á atravesar el *charco*, como él llamaba al poderoso mar, y á salir de una vez para el resto de su vida de *sustos*, *temores* y *sobresaltos*. Esto no quitaba que con el contínuo trato de la gente de mar hubiera llegado á adquirir el conocimiento de tunología marítima que solia aplicar bien ó mal á todo género de conversaciones, y por último, con su extremada prudencia y amor á la vida, era todo un marino á la violeta, ó como ahora se califican, un *marino de agua dulce*. Don Julian, que estaba dotado de la fuerza de energía suficiente para llevar á cabo sus propósitos, una vez imaginados, se hundió en la espaciosa cámara de popa, y poco despues en el económico catre, sobre el cual olvidó bien pronto en brazos del sueño al Inca y á su hija, á la *Esperanza* y á las ondas del Océano.

Quedaron las dos muchachas bajo el pabellon de popa asidas de las manos y contemplándose en silencio por espacio de algunos instantes, y Carlota, de cuya viva y natural penetracion hemos dado ya una breve noticia á nuestros lectores, recordando la precipitada fuga que Eugenia le habia hecho emprender pocas tardes antes en el Ingenio al solo nombre de Alvarado, y la turbacion que pocas horas hacia habia experimentado al cruzar el bergantin francés, comprendió rápidamente que entre su hermana adoptiva y aquel hombre extraordinario existia algun misterioso arcano que se propuso esclarecer.

—Mucho siento, hermana mia, le dijo con acento de melancólica reconvencion, que no hayas pagado ni correspondido á mi cariñosa franqueza con otra igual.

—¿Qué dices? querida Carlota; ¿por qué me diriges esa acusacion?

—Porque estoy convencida de la verdad. Yo te hé revelado los secretos que con mas cuidado custodiaba en mi seno, y tú, sin embargo de estas pruebas de ingenuidad, has encerrado los tuyos en lo mas profundo de tu alma.

—Pero... Carlota; si yo...

—No admito escusas. ¿Crees tú que ha pasado desapercibida para mí la impresion desagradable que te produce cuando suena en tus oidos el nombre de don Luis de Alvarado?... lo ves! niégame que en este momento te sientes como fascinada por ese nombre cuyo poder sobre tí no alcanzo á comprender.

—Ni quiera el cielo, bella Carlota, que nunca llegues á penetrar este misterio, porque indudablemente te produciria mas pena que satisfaccion.

—Y ¿quién sabe si estarás mortificando tu pensamiento con dolores que estén muy lejos todavía de la realidad?

—¡Ay!... no!... por desgracia son demasiado ciertos para no estremecerse de horror al traer á la memoria el recuerdo de ese hombre fatal.

—Escucha, Eugenia: no es la femenil curiosidad la que en este momento me empeña en la averiguacion de tus pesares; sino un vehementísimo deseo de que desahogues tu corazon en el de una mujer que te ama con la cariñosa ternura de una hermana, y porque no sé qué secreto presentimiento me dice que yo te podré servir de alguna utilidad.

—Tal vez.... tal vez.... yo nunca he tenido mas amiga que mi pobre madre, á la que pocos dias antes de bajar al sepulcro tuve la imprevision de amargar sus últimos instantes con la revelacion de sucesos tan extraordinarios... tú, sí, me comprenderás; pero no sé si tendré fuerzas para narrarlos otra vez... me cuestan tanta repugnancia!.... mira, ahora no puede ser; don Roque se dirige hácia nosotras: yo te daré mi diario y en él encontrarás todos los pormenores.

Medrana, despues de haber permanecido por espacio de tres horas sobre el banco de proa, ya siguiendo con escrutadora mirada tal cual ola que por su magnitud le parecia digna de atencion y de cuidadoso estudio, ya inspeccionando con aire de suficiencia el mas insignificante de los cabos sueltos de la jarcia, ó ya paseando la azorada vista por el claro azul del luminoso cielo en pos de alguna leve nubecilla, á través de la cual él creia descubrir la próxima tempestad, se dirigió hácia el sitio que ocupaban las dos bellas viajeras, dando á su semblante el aspecto del de un hombre que tiene grandes novedades que referir, y que acaba de averiguar el estado positivo de giro y rotacion en que se encuentra la complicada máquina del universo.

Carlota y Eugenia le vieron acercarse lentamente asido con cierto disimulo á la obra muerta del buque para sostener el equilibrio, que á no ser por el eficaz apoyo de aquel poderoso auxiliar hubiera quedado muy mal parado; y como en los viajes, y sobre todo en aquellos que son de larga duracion, se propone todo el mundo sacar partido por via de entretenimiento hasta de las cosas mas frívolas, Carlota que conocia el carácter estravagante del don Roque, se propuso tambien que la fraseología marítima y los agüeros siempre asustadizos de este, fueran los que hicieran, como suele decirse, el gasto durante la navegacion.

—¿Qué tal, señor Medrana? le dijo con la mas hipócrita curiosidad; ¿tendremos buen tiempo?... Vd. que cuando estábamos en tierra era una especie de veleta en esto de marcar los vientos, ahora es necesario que sea Vd. nuestra brújula, puesto que se halla V. cuando menos lo pensaba colocado en su elemento.

— Es la verdad, señorita, contestó don Roque arqueando las cejas en toda su elasticidad; pero diera yo en este momento el mejor *catalejo* del mundo con tal de poder dar fondo sobre un pedazo de tierra firme, aunque no fuera mas grande que el que se necesita para sentar una pipa de aguardiente.

—Pues qué! ¿ nos amenaza algun peligro?

— Hum!... dijo Medrana entre dientes; *no hay viento fijo*; *el noroeste está bregando* con las *rachas de levante*, que han *picado la mar* mucho mas de lo que fuera menester, y si ademas de todo esto *apunta el sudoeste*, que es el viento mas revoltoso....

— Hola! sí?....

— Y se nos echa encima al paso que nos vamos *remotando*....

—¿ Qué, señor Medrana?

— No es cosa; será capaz de armar un *zafarrancho* que nos lleve á hacer una visita á las estrellas.

— Hombre!

— Lo que Vd. oye: ademas, han *cargado* la *Esperanza* con mas *trapo* del que debe ahora llevar; y no será estraño que *metamos en el agua el bauprés* y que los *golpes del mar* se introduzcan hasta la *cámara de popa*.... tenemos la *mar de proa*, y con un *foque*, la *mayor*, y la *cangreja de mesana* teníamos lo bastante para *caminar ocho ó nueve millas*.

— Eso se llama entenderlo, dijo Carlota riendo á carcajadas.—¿ Por qué no se pone Vd. en la rueda del timon y dirige la maniobra?

—Eso seria usurpar las funciones del comandante.... dijo con gravedad don Roque; yo á lo mas que me brindo es á dar algun consejo en los casos arduos y peligrosos, porque aunque no soy *práctico*.... sin embargo, mi constante observacion ha producido frutos que en los momentos dados presumo que no serian enteramente inútiles.

Siguieron así divirtiéndose con la charlatanería del bueno de don Roque, hasta que cerrada la noche y deseando descansar y ponerse á cubierto del menudo *rocío* que ya se hacia sentir, bajaron á su departamento, en el que Eugenia, merced á un recuerdo de Carlota, le entregó á esta su diario, en cuya lectura invirtió gran parte de la noche.

Ocho dias de navegacion feliz llevaban nuestras heroinas sin que el menor contratiempo las hubiera molestado desde la salida de la Habana.

Cruzaban el noveno las embravecidas ondas del golfo de las Yeguas, y á las diez de la mañana se nubló completamente el sol, y las aguas tomaron el color blanquecino de las espesas nubes que entoldaban la bóveda celeste. Las escotillas estaban clavadas, los pasajeros encerrados en la cámara, y solamente la gente de accion era la que se mantenia sobre cubierta en observacion de la tormenta que amenazaba. A las dos faltó completamente el viento, las velas flojas, quedaron pegadas á los mástiles, sin que se les notára otro movimiento que el que partia desde el casco combatido sin defensa por las encrespadas olas del irritado golfo, y por último el enrarecimiento de la atmósfera fué creciendo hasta el momento en que con espantoso ruido retumbó el trueno en las nubes y principió con horrible violencia á sacudir la tempestad.

Aun no eran las tres de la tarde, y parecia que la mas oscura noche cerraba los horizontes.

¡Pobre *Esperanza* combatida por los fieros aquilones, corriendo á la ventura sobre las gigantes olas del mas revuelto de los mares!

En vano fué amainar rápidamente todo el velámen y aligerar la carga y perderla toda al fin picando los masteleros; porque en la noche y dia siguiente prosiguió con tal embravecimiento la tormenta, que destrozada la fragata principió á hacer un pié de agua en cada cinco minutos, por lo que antes de que se fuera á pique se vieron obligados los que estaban á su bordo á abandonarla y á tentar el último recurso que les quedaba; los dos lanchones que con este objeto se habian conservado á toda costa.

Los viajeros con un piloto se embarcaron en el uno, y en el otro el capitan con el resto de la tripulacion.

Era cerca del oscurecer del segundo dia en que la borrasca habia principiado, sin que por eso hubiera amansado en lo mas mínimo, y bien pronto el rugiente oleaje separó, acaso para siempre, á las frágiles barquillas, última esperanza de los angustiados náufragos.

Sigamos, aunque sea por poco tiempo, á la que conduce á Eugenia y á Carlota á don Julian, don Roque, al piloto y unos cuantos marineros, que por cierto no era la mas fuerte.

Preciso es renunciar á la descripcion del espantado semblante de Medrana y á la natural consternacion de las delicadas americanas, que contrastaba notablemente con la fria serenidad de don Julian y del piloto y con los desesperados juramentos de los marineros que bogaban y defendian con los últimos esfuerzos la zozobrante nabecilla juguete de las ondas, que á cada momento amenazaban sepultarla en el profundo seno del Océano, porque eran tales y tan difíciles de copiar, cuanto apurado era el terrible trance en que se encontraban.

—¡Ay padre mio! exclamó Eugenia; y he sido yo la que le ha traido á una muerte segura....

— Lo mismo es esta que otra cualquiera, hija mia; por tí lo siento y por Carlota, á quienes sin duda el cielo reservaba mayor número de dias.... pero cúmplase su voluntad.

—*Creo en Dios Padre, creo en Dios Hijo*... murmuró Medrana al levantar los ojos y ver próxima á caer sobre el esquife una ola de la magnitud de una montaña.

—¿ A qué distancia estaremos de tierra? preguntó don Julian al piloto.

— Las Bermudes, que hemos dejado hace tres dias, las tendremos á mas de doscientas leguas.

— Y no podríamos poner la proa hácia ellas? dijo Medrana saliendo de su estupor al oir nombrar la tierra.

— Harto haremos en sostenernos una hora á flor de agua, si es que antes no se nos pone el bote por montera.

— Con que ¿no hay remedio? volvió á insistir Medrana, que para no morir del susto antes que ahogado necesitaba que le dieran alguna esperanza aunque fuera inverosimil.

— Sí señor; le contestó el piloto con una calma como si estuviera anclado en el puerto mas seguro.

—Cuál?.... sepamos!....

—El de apearse del coche si no le gusta á usted el movimiento.

—*Creo en Dios Espíritu santo*.... siguió Medrana sollozando.

—¡Una vela!.... gritó de repente uno de los marineros.

Y á esta palabra eléctrica volvió á asomarse la vida á aquellos rostros marchitos y abatidos con los padecimientos y la carencia de esperanza.

—Una vela!....

—Sí!... sí!....

—Y está muy cerca!

—Es una fragata!

—Ya nos hemos salvado.... gritó Medrana! Piloto! Hagámosle señales para que nos arrojen un cabo.

—El piloto se incorporó breves instantes: observó la fragata que venia disparada, porque á pesar de la borrasca llevaba desplegadas la mayor parte de sus velas, y sin muestras de alegría ni tristeza y sin hacer ninguna señal volvió á ocupar su asiento en la popa con asombro de los que con avidez le contemplaban.

—Qué!.... dijeron todos.

—Nada; es inútil que pidamos socorro: ¿no ven ustedes el lienzo negro que flamea en el tope del trinquete?

—Sí..... pero... qué!....

—Esa fragata es la del HERMANO DE LA MAR: un hombre á quien solo conoce su tripulacion: que camina en todo tiempo á toda vela porque está mal con su vida, y que no da ni pide auxilio.

En esto pasaba la fragata por delante de la barquilla con la rapidez del rayo.—Todos gritaron tendiendo los suplicantes brazos hácia ella.... socorro!... socorro!.....

Nadie pareció sobre cubierta:—siguió su rápido camino, y en breve las sombras de la noche y la distancia la ocultaron á las ávidas miradas de los desesperados náufragos de la *Esperanza*.

Y la barquilla siguió tambien siendo juguete de las embravecidas olas, y volvieron los que de ella se amparaban á desmayar nuevamente convencidos de que ya no era posible sostener por mas tiempo la esperanza de salvarse.

T. R. RUBI.

Á LA PRIMAVERA.

¿Dónde fueron tus encantos?
¿dónde tus galas y hechizos
que por do quier derramabas
desde tu carro florido?
¿Qué tus mañanas se hicieron,
cuyos celajes divinos
eran sutiles vapores
de oro puro y nácar limpio?...
¿Qué las lozanas praderas
con sus rosas y sus lirios
y sus preciados aromas
que daban al viento fragancia sumisos,
pintando en la tierra los campos Elíseos?....

—

¿Dó está la gentil corona
que puso el Creador divino
sobre tus cándidas sienes,
al sacar del hondo abismo
los anchos mundos que rige
desde el trono diamantino,
que mil serafines cercan
cantando sonoros himnos?...
¿Dó está el espléndido manto
que en los pensiles floridos
tan bellos esmaltes daba
del sol eclipsando el brillo,
que muestra en los cielos del zénit vecino
y en rayos enciende su fúlgido disco?...

—

¿Qué es de las amenas tardes,
que mil vistosos castillos
de leves nubes formaban
sobre los lejanos riscos,
ó ya en pórticos de oro
daban fantásticos visos
con la moribunda lumbre
del sol en el mar hundido?...
¡Oh! tanta belleza y vida,
tan celestiales prodigios
¿dónde, dónde se perdieron
como ensueño fugitivo?...
Que en vano los ojos, tras ellos cautivos,
ansiosos los buscan de amor poseidos.

—

¡Ay! que la hermosa diadema,
que dió a tu beldad hechizos,
el can abrasó inclemente
y está tu esplendor marchito.
Ya no brillan en los prados
entre el nardo alabastrino
de carmin las bellas rosas
ni el terciopelado lirio.
Ya sus fragantes perfumes
el viento llevóse estivo,
y do las fuentes bullian
con apacible ruido,
se ven solo arenas y cálidos guijos
que vivas centellas del sol dan al brillo.

—

¡Ay! que las lozanas vegas
que un mar de esmeralda al vivo
en los vaivenes pintaban
de sus abundosos trigos,
secas están, y cual humo
su pompa y brillar deshizo
el soplo ardiente y sonoro
del abrasador estío.
Vuelve, vuelve, primavera,
y tus dones peregrinos
con pródiga y blanda mano
torna á la tierra al proviso.
Que nada es el mundo sin pompa y sin brillo,
y solo tus gracias podrán darle hechizos.

—

Vuelve, y verásme encantado,
ya del Bétis cristalino
en la seductora márgen
que retrata el paraiso,
viendo cual sus aguas cortan
al par los hinchados linos
y los *vapores* que al viento
vencen en presteza y brios;
en su belleza engreido
ya contemplando orgulloso
de la opulenta Sevilla
los soberbios edificios,
que enhiestos recuerdan pasados dominios
y antiguos blasones y triunfos antiguos.

—

Vuelve, y del dorado alcázar
que fué morada y abrigo
del rey mas justo y valiente
que vieron jamás los siglos,
me verás en los salones,
que de oro y azul tejidos
el pensamiento embelesan
con sus relieves prolijos.
¡Oh! cuán dulce es ver la luna
derramar sus rayos tibios
sobre el oriental palacio,
que al melancólico brillo
parece llenarse por arte maligno
de sombras ilustres, de mudos vestiglos!...

—

¡Oh! cuán dulce es ver la aurora
derramar sus rayos tibios
sobre los bellos pensiles
y sobre los altos riscos,
que el arte fingió ingenioso,
y que en caprichosos giros
brotan copiosos raudales,
que al espectador sencillo
burlan y á la par salpican
do quier que vuelve aturdido.
Cuán grato es gozar entonces
del céfiro matutino
que besa las flores y esparce atrevido
su nítida esencia jugando lascivo.

—

Entonces la mente inflama
el entusiasmo divino
que siente arder el poeta
en su corazon altivo;
y evoca la fantasía
de tan encantados sitios
mil guerreros, cuyos nombres,
con letras de sangre escritos,
llenan de pavor el alma
que absorta los mira erguidos.
Y en gran confusion mezclados
pasan libres y cautivos,
el fiel á Mahoma y el héroe de Cristo,
que hollára las cruces, que al moro deshizo.

—

Vuelve, vuelve, primavera,
y presta al mundo tu brillo,
y da á los valles verdura,
y á los verjeles da hechizos.
Ven coronada de rosas
y de azucenas y lirios,
porque sin tí no hay belleza
y gime el mundo cautivo.
Luzca otra vez en el cielo
el oriambar divino,
que da á tus mañanas
cambiantes y visos,
y brille en tus tardes el víspero signo,
tendiendo la noche su manto sombrío.

Sevilla.—1843.

JOSE AMADOR DE LOS RIOS.

ROMANCE.

¿Por qué zozobrar temiera
en este mar de la vida,
si tras olas de borrascas
olas de amor se deslizan?

Instantes hay que en el pecho
dejan para siempre escrita
una historia de placeres
que nuestro ser divinizan.

Abrásame con tu lumbre,
pasion, de los cielos hija,
de los ángeles aliento
que mi existencia reanima.

Abrásame, y sufra yo
de una condicion esquiva
desdenes que me acobardan,
recelos que me aniquilan.

Fluctúe apenada el alma
en rigores y desdichas,
con tal que alguna vez logre
una apacible sonrisa.

¿Qué vale un siglo de penas
si mi Laura al fin me mira,
y su mágica mirada
con todo un Edén me brinda?

¿Si su mano entre mis manos
cual un rayo me electriza;
si un suspiro de sus labios
entre mis labios espira?

¡Ay! para tanta ventura
el alma es pobre, mezquina;
y nuestra vida no acaba
porque el placer no la quita.

Entonces el tiempo vuela
sin division, sin medida;
sus alas recoge el viento;
sus rayos el sol entibia.

Repite el eco sonoro
(que los espacios habita)
con halago mis palabras,
y mis besos con envidia.

Alfombra son de mi bella
las flores que abril prodiga,
y se juzga mas dichosa
aquella flor que ella pisa.

El amante ruiseñor
á su compañera olvida,
y á mi hermosa compañera
trinos de entusiasmo envía.

Y nos arrullan las aguas
que de un peñasco destilan;
y en el fondo que componen
retratan nuestras caricias.

Con mil encantos el mundo
el fuego de amor aviva....
¿Qué vale un siglo de penas
si mi Laura al fin me mira?

LUIS FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

A...

SONETOS.

Yo ví mecerse la fragante rosa
Con lágrimas bañada de rocío,
Y el pétalo sutíl tender con brío,
Reina de flores mil por mas hermosa.
Ví en su cáliz pintada mariposa,
Al de la flor uniendo su atavío,
Los perfumes tomar en el estío,
Y frescura del seno do se posa.
Yo te he visto tambien: tu faz divina
Es rosa de purísimos colores,
A do la mariposa se reclina:
Ella bebe en tu cáliz sus amores;
Mas yo, que toco del desden la espina,
Bebo en tu ingratitud crudos dolores.

JUAN DE ARIZA.

LA TEMPESTAD.

Bramando el huracan de furor lleno
A impulsos de la bárbara tormenta,
La densa nube que el terror aumenta,
Aborta lava ardiente de su seno.
Luciendo el rayo, y estallando el trueno,
Encrespa la melena turbulenta,
Y su barrera derrocar intenta
El espumoso mar, antes sereno.
En tanto que el intrépido marino
Luchando audaz con las potentes olas
Contraresta el furor de su destino;
Y el pobre labrador contempla á solas
Con ojos tristes, de amargura henchidos,
Los ricos frutos de su afan perdidos.

J. L. C.

REVISTA TEATRAL
Y SUCESOS CONTEMPORANEOS.

Obligados nos vemos á reunir en una las dos secciones de nuestro periódico, ínterin los ardores del estío tengan cerrados los teatros de la Cruz y del Príncipe: de no tomar esta determinacion, hoy se reduciria nuestro artículo á hablar de la representacion de la Lucía en el Circo. Hubo de notable en esta representacion la salida de la señorita Muñoz, escriturada de prima donna en Bilbao, y el cantar los señores Tamberlick y Ronconi; así es que obtuvo la ópera el mejor éxito, y la señorita Muñoz fue muy aplaudida. Se preparan la representacion del baile titulado *Onchina*, y la ópera *I due Foscari*, de Verdi.

Se ha propuesto el señor Escosura regenerar el Liceo, y esperamos que salga airoso de su empresa. Despues de economizar gastos ha reunido la junta delegada, y esta ha disuelto las secciones, que deben ser reorganizadas dentro de breve plazo.

Aun continúan abiertas las Cámaras de Inglaterra y Francia. Ha salido triunfante el ministerio francés de una legislatura borrascosa, sin que la oposicion haya conseguido volcarle, como un coche ha volcado el carruaje del mariscal Soult, presidente del Consejo de Ministros, al dirigirse á palacio con el objeto de felicitar á Luis Felipe.

Mientras pasaba revista el duque de Nemours en el Campo de Marte á las tropas francesas, uno de sus mas esclarecidos jefes, el general Sparre, fue atacado de una congestion cerebral, que cortó en un momento el hilo de su gloriosa carrera. Afectado y entristecido el duque de Nemours por tan imprevista desgracia, se retiró á palacio sin presenciar el desfile de los regimientos.

A pocos dias de llegar á Paris el duque de Rianzares ha tenido una larga conferencia con Mr. Guizot; éste debe retirarse á los baños á buscar alivio á su salud y reposo á sus fatigas no bien se celebren las fiestas de julio.

Espléndido recibimiento ha hecho al duque de Montpensier el bey de Tunez, hospedándole en su regio albergue, y teniendo á su disposicion un escuadron de lanceros. Es el duque de Montpensier el primer príncipe de sangre real que visita el sepulcro de S. Luis, rey de Francia. De allí ha salido con direccion á Constantinopla y á Jerusalem, donde tendrá ocasion de admirar sobre el terreno las magníficas descripciones de la Ciudad Santa con que Chateaubriand y Lamartine han enriquecido la literatura, añadiendo lustre á su renombre. Luis Felipe es el único soberano de Europa capaz de hacer popular la dignidad real en el siglo XIX, en que ha sufrido rudos, aunque infructuosos combates.

Se ha realizado con sosiego la quinta en muchos pueblos

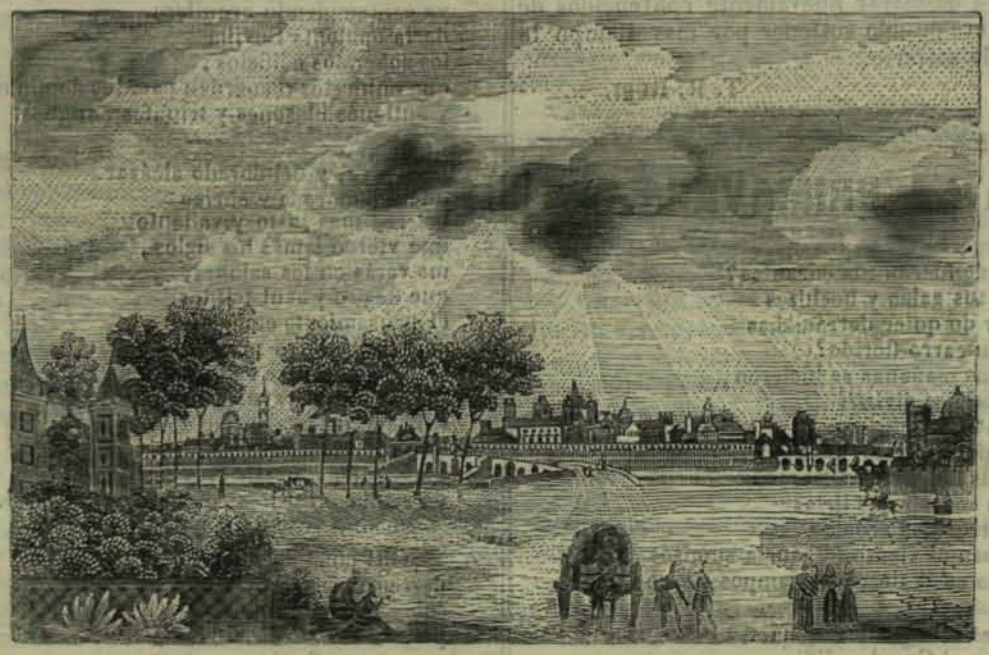
El mariscal Soult.

del principado de Cataluña, si bien en otros se han repetidos los desórdenes, sofocados ya en su mayor parte. S. M. la Reina doña Isabel II con sus augustas Madre y Hermana ha debido salir de Barcelona por mar el jueves 17 con direccion á Valencia. Aun se duda si despues de descansar un dia en esta hermosa ciudad seguirá la córte á Zaragoza, y de allí á las provincias Vascongadas, ó si vendrá á Madrid, trasladándose en seguida al real sitio de S. Ildefonso hasta la conclusion del verano. Al fin dentro de breves dias sabremos la solucion de este viaje, el cual se ha hecho un enmarañado problema.

Numerosa y brillante concurrencia ha asistido al besamanos del infante D. Francisco en celebridad de los dias de su hijo D. Enrique, el mas popular de los candidatos á la mano de S. M. la Reina doña Isabel II.

El general Sparre.

Publicada ya la ley del Consejo Real, se citan ya los nombres de los individuos que deben formarlo: figuran entre ellos los señores marques de Miraflores, duque de Frias y D. Vicente Sancho, para la seccion de Estado: Olivan, Búrgos, Rios Rosas, y Ponzoa, para la de Gobernacion: Gallardo (D. Manuel), Ruiz de la Vega, Gonzalez Romero y Bravo Murillo, para la de Gracia y Justicia: Santillan, Lopez Ballesteros (D. Luis), Perez (D. José María) y marques de Villagarcía, para la



de Hacienda. De un dia á otro deben salir en la Gaceta los nombramientos de los treinta consejeros: es posible que renuncie alguno de los arriba citados, y no en verdad de los de menos valía.

Tambien se ha publicado la nueva ley sobre imprenta: de sentir es que no rija en fin una legislacion segura sobre tan importante ramo: cada año se dictan nuevas alteraciones, y nadie sabe á qué atenerse en este punto. Se anuncia que en la próxima legislatura ocupará con preferencia á las Córtes una ley sobre libertad de imprenta., si bien no resucitará al difunto jurado, benigno protector de todas las opiniones, ni fallarán jueces de primera instancia sobre los estravíos de la prensa.

Asegúrase como positivo que vigente ya la ley de imprenta, va á cesar la prision en el castillo de Santa Catalina de los señores Corradi y Perez Calvo, allí detenidos por la publicacion de artículos mas ó menos cásticos é impetuosos. Con esta medida acabará de enmendar el gobierno lo que ya enmendó en parte con suspender la deportacion de los escritores citados á Filipinas.

Se halla á la sazon en París el distinguido actor don Julian Romea, el cual, aprovechando el veraneo, se propone estudiar en los teatros de Francia lo que sea adoptable para los nuestros, en obsequio del público y del arte á que consagra, poseido de fé y de entusíasmo los mejores años de su vida.

Con satisfaccion hemos visto que varios periódicos han hecho conmemoracion del aniversario de Bailen el dia 19 de julio, pues siendo tan escasas nuestras modernas glorias seria imperdonable sepultar en el silencio las adquiridas por ilustres varones, que aun viven entre nosotros. Ya el *Laberinto* dió este ejemplo el año pasado, dando á luz la biografia y el retrato del general Castaños; hoy nos felicitamos de no vernos solos en ese camino por nosotros abierto.

DIRECTOR Y EDITOR D. ANTONIO FERRER DEL RIO.

Impreso en las prensas mecánicas de B. I. Boix.
Calle de Carretas, números 8 y 35.